





LOPEZ SILVA
LA MUSA
DEL ARROYO



B.R. Madrid

2480



Diputación Provincial
de Madrid

Biblioteca

Reg. 23937

Vols. F. de P.

Sig. *mad. 872

J. LOPEZ SILVA
LA MUSA DEL
ARROYO
(DIALOGOS MADRILEÑOS)



SEGUNDA EDICIÓN

2480



R

23938

LA MUSA DEL ARROYO

J. LÓPEZ SILVA

LA MUSA

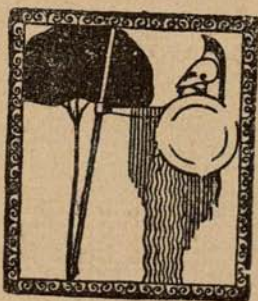
DEL ARROYO

CON PRÓLOGO DE LA

CONDESA DE PARDO BAZÁN

Y EPÍLOGO DE

DON LUIS BONAFoux



MADRID-BUENOS AIRES
BIBLIOTECA RENACIMIENTO
V. PRIETO Y COMP.^ª, EDITORES

1911

Es propiedad. Queda hecho el
depósito que marca la ley.

AL PUEBLO ARGENTINO CON TÓDAS
MIS SIMPATÍAS.

J. López Silva.



PRÓLOGO

No adivino qué ventaja pueden reportar á López Silva unas páginas más al frente de un libro suyo; en cambio, sé que para mí es gratisimo tener ocasión de repetir en letras de molde lo tantas veces expresado verbalmente: que este pintor y poeta popular merece mi simpatía y admiración, no vinculadas á género, asunto ni estilo alguno, y de antemano conquistadas para toda labor literaria, por cuyo sistema venoso circula vida.

No he de buscar á López Silva entronques ni filiaciones. Lo hizo con maestría Jacinto Octavio Picón, en el prólogo de *Los Madriles*. Trazado por tan experta mano el árbol genealógico, es inútil rehacerlo. Sin duda, nadie

nace de sí mismo, y así como no es López Silva un fenómeno de generación espontánea, tampoco es un caso de aislamiento en la época presente. Hay en las letras, y particularmente en el teatro actual, corrientes de costumbrismo y de sátira, que es imposible no relacionar con la labor de López Silva. El sainete, resucitado por tantos frescos ingenios, entre los cuales figura, en primer término, el inolvidable Ricardo de la Vega, tiene estrecho parentesco con los diálogos de López Silva, que por ley natural es sainetero también, y de los más castizos. Y los artículos firmados por aquel amenísimo y en el fondo tan observador Luis Taboada, responden á idéntica tendencia, aun cuando Taboada haya trabajado sobre la mesocracia, muy próxima al pueblo, y López Silva sobre el pueblo mismo, concretándose á tomar por modelos los *gatos* y *gatas* de Madrid. A pesar de estas relaciones y afinidades, López Silva no debe, hablando en plata, nada esencial á ninguno de antaño ni de hogaño. Tiene fisonomía inconfundible, originalidad innegable é innegada. El vaso en que bebe,

ora el argandeño peleón de figones y merenderos, ora la manzanilla olorosa, de rancias tradiciones, es suyo, y no pueden los numerosos imitadores que le han salido robárselo ni un instante.

Se ha creado López Silva su mundo chico. En ese mundo se agitan hombres y mujeres cortados por el mismo patrón que nuestro zapatero, el fumista que viene á deshollinar la chimenea, la planchadora que se lleva la ropa, la mendiga que nos tiende la mano y el golfillo que á la salida del teatro se ofrece á avisar el coche. Tal calaña de gente habla rasgado, suelta procacidades, tiene soberbia y punto de honra, sentimentalismo, concupiscencia, vanidad pueril; es sentenciosa, moraliza, predica, se baja por una perra ó una colasa, defiende opiniones políticas y la atrae el señuelo de una repleta bota ó una cazuela de bacalao con pimientos. López Silva, que es artista y no fotógrafo, dibuja las siluetas con provocativa gracia, y sorprende y acaso acentúa el palabreo de doble sentido, las picantes guindillas del discutir, y la conceptuosa soflama del



discreteo chulapo. Y ese mundo chico de López Silva está impregnado de realidad, bajo el forzoso convencionalismo de la rima satírica; y es un mundo bien radicado, plantado hondo en la seca estepa castellana donde la corte de las Españas se asienta; y parece madroñero de rojos frutos, áspero asl tacto y por dentro sabrosos á mieles de poesía.

El elemento cómico, en López Silva, diría yo que procede de un contraste, y contraste muy significativo para el conocimiento del alma nacional. Los personajes de López Silva se precian de hidalgos ó cosa análoga; no les falta cierto ideal de altivez; han oído hablar mucho del honor; aspiran á encarnar la belleza del sentimiento heroico... Lo malo es que, al mismo tiempo, experimentan deseo vivísimo de conservar la piel; y no sólo de tan prudente idea se hallan penetrados, sino de un cariño vehemente al *coci*, al apetitoso guisote, á la tensa bota, en cuyo vientre duermen la ilusión y la alegría... Así, los pruritos caballerescos, que tal vez sugiere un atavismo no muy remoto (el de los fieros majos de 1808),

paran siempre en salvar la pelleja á costa de la vergüenza, y el condumio, á costa de lo que fuere...

Sí; los personajes de López Silva no son jamás un Sancho Panza, que acepta tranquilo su villanía, y declara y reconoce que entre él y el Caballero de la Triste Figura existe infranqueable foso; que hay cosas de señores y cosas de gente baja; que la andante caballería no se hizo para los zafios, y á la vez es cristiano viejo y no le falta vergüenza. Los tipos de López Silva, que no han labrado la tierra, que viven en una gran ciudad, están amasados con partículas de orgullo entre el barro de su psiquis, y tienen también su aleación de sensualismo y hasta sus pujos científicos, cuando emplean las palabras nuevas adaptándolas, y ponen en circulación las ideas recientes dándoles tormento. Nada más opuesto al buen Sancho que el chulo de Madrid, resabido, fanfarrón, irónico, mezcla de loro y mico, y sin embargo, ingenuo como el *gavroche* parisiense, al cual va asemejándose en algunos respectos. Con ser tan nacionales los diálogos de López Silva, á

veces, como en ráfaga, han traído á mi mente el recuerdo de las canciones de Bruant, esas estrofas en que aparecen tipos como el *souteneur* y la *marmite*, tan á menudo y con tanto garbo delineados por nuestro poeta madroño.

Los personajes de López Silva no renuncian, no, á la vieja leyenda. Ved sus alardes patrióticos ante "el Daoiz y el Velarde" y contra los "rifleños"; escuchad sus baladronadas de esposos calderonianos en la frase, aunque mansísimos apenas llegados al terreno de la acción, limitándose á quejarse de la "falta de franqueza" de sus esposas; contempladlos llevando al brazo una corona fúnebre, camino del cementerio, derrochando recuerdos de ternura, y detenidos por la juerga y la merienda que les salen al paso y dan al traste con todo su romanticismo de ultratumba, despertando su verdadera naturaleza de pícaros, más picardeados por el ambiente cortesano, de excitaciones al goce y á la holganza inquieta. Porque este chulo madrileño tampoco es el *lazzarone* napolitano que se tiende al

sol; es un espíritu despierto, goloso de todo, con opiniones acerca de todo; se mezcla en política (leed en *Los barrios bajos* el saladísimo *meeting*); se preocupa de lo que hace, de cómo vive la gente aristocrática: si pudiese, la parodiaría; mete cucharada en crítica teatral; hasta representa obras clásicas, entre dos vueltas de chotis y una copa de *anisao*... El chulo es eléctrico, vivaz como lagartija de pared agrietada; y no digamos la explosiva chula, toda pólvora, fuego y chispazos, toda manos y uñas, toda boca para soltar venablos, pullas y frescas... Como el Adán y la Eva que tanta fama dieron al pintor realista Van Eyck; la pareja humana de López Silva no es muy bella, pero, en su fealdad, la magia de la vida ardiente difunde un interés que atrae la mirada y entretiene la imaginación.

Sin duda fuera ocioso negar que la obra de López Silva refleja un momento poco halagüeño de la historia del pueblo matritense. Desde 1870, viene acentuándose la desaparición del manolo y la preponderancia del chulo; si me apuran, diré la hegemonía del hampón,

como á las patillas de boca de hacha, todavía predilectas del duque de Sexto, que era majo injerto en magnate, han sucedido los tufos y el pantalón ceñido. Este descenso lo reconoce López Silva, y, por una vez, su musa se descíñe el mantón bordado, de Manila, viste peplo, calza coturno, y en una *Sátira*, oficialmente graduada de tal, dice al supuesto amigo que desde provincia le envidia la residencia en Madrid:

“Ya no es éste el Madrid cuyo recuerdo
de tu memoria en lo profundo guardas;
es un poblacho histérico y podrido,
reflejo fiel de nuestra pobre España;
viviero de Alfaraches y Manguelas,
plantel de entretenidas y de randas,
feria de apostasías y cohechos,
corte del organillo y la navaja...”

Muchos de los males que esta sátira lamenta acaso no sean de hoy tan sólo; otros tal vez los abulte López Silva, que ve la realidad concreta de un modo exacto; pero que, al generalizar, puede sustituir sus opiniones sociales á su agudeza de observador. Yo no veo, actualmente, tanto fraile, ni que hagan tanto daño. No cabe duda que en los tiempos cuya des-

aparición llora López Silva haciendo sátira en serio, había más frailes que ahora, muchos más, y eran doblemente influyentes en las costumbres. Cuando España tenía, digámoslo con palabras del mismo satírico, savia de pueblo grande, en cada calle se alzaba un convento, sino dos. Yo no pretendo que estos tiempos vuelvan; pide cada tiempo lo suyo; lo malo es si, como sucede quizás en nuestra patria, hemos olvidado lo grande de antes, y no hemos sabido crear lo grande de ahora. Hay en el chulo mucho de lo neto, castizo, característico, típico, y demás, del majo; pero cualquier lego de antaño le vence en instrucción, y cualquier villano de otros días en dignidad, porque uno de los tesoros de nuestra alma antigua fué la dignidad villana, la nobleza del pueblo, de la cual quedan rastros, y que nos es más preciosa aún, si cabe, que la aristocrática, que no ha desaparecido, pero anda asaz maltrecha también á la hora presente. Tienen los chulos del pueblo bajo su pintor y su poeta, que los retrata con insuperable donairel; ástima no retratar á los

chulos de automóvil, á las golfas vestidas por el gran modisto.

Y perdóneme el público la seriedad de estas parrafadas últimas, y no abandono el estilo grave para repetir que profeso al ingenio de López Silva la consideración que se merece, y la merece muy alta. No se mide la importancia de la obra ni por su asunto, ni por ninguna circunstancia accesoria ajena al arte. Murillo, que trasladó al lienzo la profundidad del misterio glorioso y las irradiaciones del Empíreo, no fué inferior á las *Concepciones* cuando trazó la figura de un chicuelo des-harrapado, en cierto cuadro, cuyo nombre no me atrevo á estampar; un golfo que se entrega á la misma tarea que se entregó la Cava, según el romance, en la cabellera del rey Rodrigo.

Y me despido de esta musa regocijada y amarga, deseando al poeta palmas, tabacos y muchos años de inspiración, hasta que enmudezca... porque sus modelos hayan desaparecido ó den el salto atrás, al clásico, al legítimo *manolo*.

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.

EL TRIUNFO DE LAS FALDAS



EL TRIUNFO DE LAS FALDAS

A mi queridísimo amigo
CARLOS DÍAZ VALERO

O á mí me han puesto en la bola
crin vegetal, ó confieso
que hay cosas en este mundo
que no las entiende el Verbo.
Chico, no sé; yo en la calle
soy un huracán y tengo
ca arrebató que me asusto
yo mismo; pero me veo
ante mi mujer y cambio
de genial en unos términos

que algunas veces debía
comprarme un *recoge abuelos*.

—¡Me choca!

—Pues es más fijo
que la luz. ¿Te explicas tú esto?

—¡Hombre, yo!...

—¡Miedo me parece
que no será!

—Desde luego.

—¿Es hinotismo?

—Pudiera.

—Hinotismo ú no, lo cierto
es que en mi casa no hay forma
de que se haga más que aquello
que á mi señora le sale
del moño. Y que no me quejo
de rutina, bien patente
lo está indicando mi aspeyto.

—Sí que vas algo cochino,
sin que te ofendas por esto.

—¿Que si voy?... Fíjate un poco
pa que te enteres de lleno.

La camisa me la puse
la víspera de San Pedro,

y si la dejan, se va
sola al río.

—Sí lo creo.

—Y á este tenor ves contando:
los pantalones los llevo,
ya lo ves, que el mejor día
me se va á salir un hueso
por las rodillas, si no hay
quien me eche un par de remiendos,
y los calcetines, mialos:
uno lila y otro negro,
con ca tomate en las puntas
que, aunque te parezca un cuento,
hay semanas que me corto
las uñas con ellos puestos.

—¡Qué comodidaz!

—En fin,

otro detalle: yo tengo
que barrer ca quince días
una ú dos veces lo menos
el cuarto, pa que no llegue
la porquería hasta el techo,
y mi señora, en el ínterin,
¡buena, gracias! porque á tóo esto

concorre la circunstancia
de que no se la ve el pelo
más que á la hora de acostarnos,
y algunas veces ni aun' eso.

—¿Y tu autoridaz, Sindulfo?

—¡La he perdido, Baldomero!...

Vergüenza me da la cosa,
pero, chico, te confieso
que aquí ande me ves estoy
dominao por la Loreto.

—Pues tú siempre la tuvistes
debajo de ti.

—Muy cierto;

pero, ¡qué quieres! el hombre
poco á poco va cediendo
sus prerrogativas, cuasi
sin hacerse cargo de ello,
y el día que se da cuenta
ve que ya no tié remedio.

—¡Quién te conoce, Sindulfo!...

—¡Ya ves, en tan poco tiempo,
qué cambio!...

—Tú tiés la culpa;
si la rompieras un remo,

ya verías cómo andaba
más tiesa, porque te azvierto
que estas cosas no las cura
más que el *jarabe de fresno*.

—Y dándola un estacazo
en el toldo de los sesos,
conforme con tu juiciosa
reflesión, que yo agradezco,
¿qué adelanto, si lo que ahora
no hace por falta de aseo,
lisiándola malamente
no habría de hacerlo luego?
—Según.

—Y, por otra parte:
¿Quién tié medida, ya puestos
á zumbar, pa no meterse
en un fregao de mal género,
máxime yo con lo bruto
que soy cuando me caliento?

—¡Mirándolo así!...

—¡No hay otra
forma de mirarlo! Y luego
pa remate, ahora resulta
que, después de tanto tiempo

sin novedad, antinocche
me notició la Loreto
que está de tres.

—No son muchos.

—Muchos ú pocos, que en esto
no hago hincapié, ¿quién decirme
quién le sacude el pellejo
á una mujer que está en estas
condiciones?

—Pero bueno,
¿y cómo te explicas tú
(te pregunto yo) que habiendo
sido tu citada esposa
toda su vida un modelo
de limpieza y de cariño
(como lo reconocemos
tóos los que la hemos tratao
de cerca, con más ó menos
intimidaz, ahora y antes
de unirnos el Sacramento
matrimonial), de repente
se haiga salido por tientos,
haciéndote, salvo error,
desgraciao por tóos concetos?

—¡No sé; pero estoy ca día
más convito y más confeso
de que este indecente mundo
es un puro estercolero!

—Algo hay de verdá en el fondo.

—¡No te coja duda de ello!

—¿Y hace mucho de ese cambio?

—Desde que salió el decreto
de Canalejas coartándole
las facultades al clero.

—¡Anda!

—Te choca, ¿no?

—¡Claro!

—Pues na, chico; que se ha vuelto
clerical, y no se ocupa
de los asuntos domésticos
aunque la aspen, y no sueña
más que en sermones y clérigos,
y en recorrer sacristías
y en darse golpes de pecho.

—¡Pero, hombre, si tu mujer
es más liberal que Riego!...

—¡Era! Miá tú si sería
liberal, que cuando entremos



en relaciones, los amos
ande ella estaba sirviendo
de doncella se empeñaban
en meterla en un convento,
y además de que se puso
tan fuera de sí con ellos,
que si no estoy yo delante
los ves en el *Blanco y Negro*,
les dijo que menos monja,
que la metieran á aquello
que quisieran, inclusive
á fregar nodoros. Bueno;
pues hoy tié el clericalismo
tan incustraio en los huesos,
que si coge á Canalejas
se lo carga, Baldomero.

—¡Anda Dios!... Pues más valía
que te aplastara un *cangrejo*,
porque en el mundo tóo tié
compostura menos eso.

—¡Y que está poco orgullosa!...
Ahora dicen que la han hecho
secretaria de las *Hijas*
de no sé qué, y hasta creo

que echa discursos y tóo
pa derribar al Gobierno.

—Menos mal, porque si Maura
vuelve al poder, te prevengo
que esa acaba en mujer pública
y por ahí ná vas perdiendo,
porque si ella es lista y sabe
darle gusto al elemento
clerical de las derechas,
que es ande hoy está el dinero,
algo te tocará á ti
también.

—¡Te engaña el deseo!

—¡Hombre, según!

—¡La conozco!

Mi mujer acaba en eso
que dices y sacará
lo que pueda, Baldomero,
pero á mí me se ha torcido
la fortuna en unos términos,
que tendré que hacerme un saco
y dedicarme á trapero.

EL ANIVERSARIO



EL ANIVERSARIO

- ¡Hoy estoy muy triste! ¡Por lo que más
[quieras
no me hables, Cirilo, de cosas alegres!
- ¿Qué concho te pasa?... ¿Por qué te acoqui-
[nas?...
- ¿Qué pena te aflige?... ¡Contéstame, leñe!
Y alegra esa cara, que, al verte, cualquiera
diría que es martes y estamos á trece.
- ¡No puedo, Cirilo!
- ¡Me dejas asorto!...
- ¡En estos instantes estoy que me pueden
ahogar con un pelo!...
- ¡Rediéz!... ¿Pero lloras?

—¡Ya ves!

—¡Vamos... mira que tié pelendengues!
 ¿No te da vergüenza de estar ahí jipando
 como una comadre? ¡Mentira parece
 que tú haigas corrido las juergas á cientos
 y tengas la fibra de plata Meneses!
 ¿Y tú te la dabas de enjundia y de yemas?
 ¿Y tú eres el Galo Cascales y Méndez
 que estás desde el día que vino á este mundo,
 según dijo el otro, de chufla perezne?
 —Yo mismo.

—¡Mentira! ¡Tú no eres Cascales!
 —¡Las cosas que pasan! ¡Cirilo, qué quieres!
 ¡También las personas de humor la *diñamos!*
 ¡También se impresionan los hombres de tem.
 [ple!

—¿Que tú te impresionas?...

—¡Yo, sí!

—¡Miau!

—¡Te ruego

que no hagas el gato!

—¡Gachó; pero si eres
 el fresco más grande que come cocido,
 según lo atestiguan los hechos siguientes!:

Se murió tu madre, y estuvistes mustio
no llegó á dos horas, y, al volver del Este,
tú, con otros guarros que iban en el duelo,
sos emborrachasteis asquerosamente.

—Fué pa ahogar la pena que nos embargaba.

—Sí, ¿verdá?

—¡Por éstas!

—¡Qué buen humor tienes!

¿Te afligistes mucho por lo de la Rita
cuando, por tu culpa, tuvieron que hacerle
la *cesaria*?

—¡Conchol ¿Por mi culpa?...

—¡Claro!

Tú hablabas con ella cuando el accidente.

—¡Yo en lo de la Rita fuí nutral, Cirilo!

—¡Eso se lo cuentas á la diosa Ceres!

—¡Te lo juro!

—Bueno. ¡Pa tu abuela!

—¡Mialas!

¡Que me caiga muerto si te engaño! ¡Créemel!

—Y dao que así fuera, que en eso no insisto,
¿qué diosla importaba, pa que te ofendieses?

No te hagas el pípi, porque te conozco
como si te hubiera llevao en mi vientre,



y pa darme el timo de los perdigones
llevas en la chola muy pocos amperes.

—¡Ay, qué errao me juzgas!

—¡Vamos, hombre, calla,
que ya estoy hartizo de escuchar sandeces!

¿Qué dolor tuvistes el nefasto día
que al que fué tu padre (si el rumor no miente),
le ditaminaron los de las Salesas

el tomar las aguas del Peñón de Vélez?

¿Qué ataque de nervios fué el que te produjo
lo de que tu hermana, la menor, tuviese

que laztar un chico, pa ganarse el piri,
antes de casarse con el pobre Lesmes?

Ca hecatombe de esas, te ha aumentao la grasa
cerca de dos kilos, aunque tú lo niegues,

y así estás, á fuerza de pasar fatigas,
como si te hubieran rellenao con nueces.

¿Tengo ú no motivos pa llamarte sucio?

¿No son estos hechos pruebas endebles
de que ande otros llevan la región cordíaca

Dios te puso á ti una rueda de escabeche?

Y si á mí me costa que es el Evangelio
tóo lo que te he dicho, ¿cómo concho quieres
que yo tome en serio lo de tu tristeza,

pa que, encima, vayas y te pitorrées?

—Tíes razón, Cirilo; yo, pa los afeztos del hogar, he sido refraztario siempre; pero en mi familia, sin faltar á nadie, de vergüenza se anda muy medianamente, y cuando no encuentras lazos que te ligen ni á los que te dieron tu existencia breve, ¿dónde está la causa, la razón ni el título pa que tú te aflijas aunque los degüellen? Yo seré lo guarro que te dé la gana, que ca cual se forja lo que le parece; pero pa el cariño que me llega al hondo no hay un sér más grande ni que más se afezte. Mi aflicción lo dice; que con tóo lo fresco y con tóo lo sucio que queréis hacerme llevo ya dos horas de llorar, lo mismo que un niño de teta con dolor de vientre. —¡Sí que será grande tu pesar!...

—¡Imenso!

Hoy hace tres años que murió la Teles, y al recuerdo sólo de tan triste fecha, al redor del alma me se forman pliegues y la nuez me ostruye la garganta y ca uno de mis lagrimales es un mar de hieles.

Ya sé que te ríes en tu forro interno de mis arrebatos, porque no comprendes que un hombre corrido pueda apasionarse como yo lo estaba, tan esclavamente, de una mujer tuerta, negra como el cisco y con cuatro pelos matizaos de liendres.

—¿Pero á mí qué historias vas á colocarme si te la he tenido que quitar cien veces porque la mondabas á estacazo limpio?...

—¡Eso nos unía más estrechamente! Ella sí, tenía lañas á montones (¡quién podrá jaztarse de que no las tiene!); pero yo no olvido que la pobre chica hizo por mí cosas de esas que enternecen, porque ¿y aquel rasgo generoso y noble de dejar á Dimas, á los cuatro meses de casaos, tan sólo porque la dijeron que yo estaba en cama sin poder moverme? ¿Y el privarse en vida de lo más preciso (porque ni siquiera se compraba peines), pa que yo pudiera presumir de ropa y llevar encima dos pesetas siempre? ¿Y las otras pruebas de su amor? ¿Y aquello de que, con lo bruto que me pongo á veces,

no hubiera en el tiempo que estuvimos juntos exigencia mía que ella no atendiese?...

¡¡Ay, Cirilo!!

—Bueno; sécate los ojos
y á olvidar las penas.

—¡Imposible!

—Vente,

que esta tarde vamos un porción de amigos
á un ventorro nuevo que hay en Vista Alegre
con las oficialas de Manolo el sastre,
y como son todas chicas muy corrientes,
si nos enredamos pué que haiga ludibrio...
¿Hace ú qué?

—¡Cirilo...

—¡Duro y no lo pienses!

—¡Déjame que sufral!

—¡Miá que eres panoli!

—¡Pobre Telesforal...

—¿Ya qué hemos de hacerle!

—¿Son guapitas?...

—¿Guapas?... ¡Quitán la cabeza!

—¡Ay, Dios míol!

—¡Vamos!

—Nó sé si atreverme.

—Eso no se piensa.

—Si es que estoy muy triste!

—Aprovecha, primo, que la vida es breve, y anda ya pa adelante, pa que no se diga que has cambio de sexo repentinamente.

—¿Va alguna rechoncha?

—La mujer del sastre.

¡Ya verás, muchacho, qué par de alicientes!

—¿Pero y el marido?...

—No te ocupes de eso;

él es muy tratable. Conque qué, ¿te vienes?

—¡Si te empeñas!...

—¡Ole!

—Pero no te estrañe

que atontao, por esta pesadumbre, llegue á traslimitarme con alguna de ellas sin saber lo que hago, porque estoy realmente trastornao.

—No importa. Son de confianza.

—Pero, por si acaso, dilas que dispensen.

IVIVIR PARA VER!



¡VIVIR PARA VER!

—No conozco una familia
como esa *del Pirindola*,
y hay que ver que son tóos ellos
una colección de idiotas.

—Ya lo sé.

—Porque han juntao
seis duros en perras gordas
y han plantao en *las Américas*
un tenderete de lona
lleno de mugre, con media
docena de sillas rotas
y dos kilos de mendrugos
y un juego de cacerolas,

chavó, se traen unas ínsulas
que ni Don Rodrigo en la horca.

—¿Y á ti qué?

—Claro que nada.

—¡Pues mus!

—El que más me choca
es él.

—¿Quién?

—Luis.

—No hagas caso.

—¡Pero si hay que ser de porlan
y tener blanca la sangre
pa ver con calma estas cosas!...

Está cansao de comer
en mi casa de limosna,
como quien dice; por mí
no ha ido por ahí en pelota
muchos días; yo le he dao
albergue, dinero y ropa;
sin mí no hubiera tenido
más mujeres que la propia,
porque á él con el sexo débil
siempre le ha faltao vis cómica;
en fin, yo he sido su hermano,

pero así, con letras gordas,
porque hasta pa que él bebiese
me lo he quitao de la boca;
pero se ha puesto de pronto
tan inflao, que si hoy se topa
conmigo cambia de acera
y se hace la cabra loca.

—¡Y á ti Prim!

—Es que además,

chico, le ha picao la mosca
de lo cursi en unos términos,
que le ofreces una copa
de Chinchón ó Valdepeñas
y se ofende y ~~te~~ la arroja
indiznao, porque no bebe
más que vermú y gaseosas,
y usa encendedor numático,
y se ha eliminao la roña
de los nudillos y lleva
Borsalino en vez de gorra.
En fin, un dato que basta
pa pintar á una persona:
cayó en cama la otra noche,
según me ha dicho *el Patolas*,

con un arrechucho de esos
que tié cuando se trastorna
el tiempo, y está, pa dárselas
de finolis y de *sporman*,
tomando el *seiscientos seis*
ná más que porque es la moda.
Vamos ¡te paece á til...

—¡Déjalol!

¡Cá uno sabe lo que toma!
—Y si él se ha subido, ¡éxcuso
decirte la Nicanora
con lo que es!... Toda su vida
hecha por ahí una golfa
de lo más tiraó; con una
pestilencia por la boca
la que echaba, que tenías
que hablarla con zancos, y ahora
está que se le figura
que es doña Lucrecia Borgia...
—¡Déjala que esté!

—¿Y las chicas?...

Ese par de pindongonas,
que tóos hemos conocido
diendo á comer la guilopa

por los cuarteles y siendo
dos campos de maniobras
del Ejército, han sacao
los pieses de las alforjas
como su madre, y también
se las tiran de aristócratas.

—¡Déjalas que se las tiren!

—¡No puedo con ciertas cosas!

—Eso es cuestión de carázteres.

—¡Y de educación, qué diosla!

Como yo tengo este genio,
y lo mismo soy ahora
que cuando llevaba encima
veinte duros pa una broma,
me hace la santisma pascua,
por no dedir otra cosa,
ver seres que uno se piensa
que son como de su propia
familia, obrando de un modo
tan distinto de mi norma.

¿No te pasa á ti?

—¡Ca!

—Chico,

pues envidio tu pachorra.

—¡Yo soy escético, Lucas!

—¿Y eso qué es?

—Es una cosa

sinónimo de *Pucheta*,
ó explicándotelo en forma
que tú lo entiendas, escético
es el hombre ú la persona
despreocupá que se pasa
por el extrarradio todas
aquellas vecesitudes
que á ti tanto te alborotan.
¿Y sabes por qué soy eso?
Porque he visto tanta escoria
en el mundo, y he sufrido
ingraticudes tan gordas,
que me han puesto el corazón
más duro que una bigornia.
Yo también tuve un amigo
parejo *del Pirindola*,
y al igual que tú, le dí
cobijo y manducatoria,
y como pago de tóo esto
me se fué con la Melchora
y con treinta y dos pesetas

que tenía en una cómoda,
sin ponerme cuatro líneas
de disculpa.

—Sé la historia.

—Yo he sido pa Canalejas
un perro de Terranova,
y le he preparaao el trunfo
y me he ganao muchas tortas
por su credo..., ¡y miá el resumen!
Hoy, que mandan los demócratas,
está chupando del bote
tóo dios, y yo con mi historia
me pego así en el estómago
y hecho polvo por la boca.
Yo me he casao cuatro veces
en diez años, y de todas
las mujeres que he tenido
la mejor era una golfa,
lo cual ha sido la causa
de que á mí me se conozca
más que por el nombre propio
por un mote que abochorna.

—Lo sé.

—Tú me lo pusistes.

—¿Yo?...

—¡Tú! Y esto corrobora
que en el mundo los afeztos
son una pura bazofia.

—Dispensa; el que yo te puse
fué el otro.

—Si no me importa
tanto así. Vuelvo á decirte
que ya me ha nacido costra
en este lao y que tóo
lo miro como un utómata.

—Voy creyendo que te asiste
la razón.

—¡Es que no hay otra!
Si quieres vivir tranquilo,
come, bebe, trunfa y goza;
no te tomes berrenchines
por ná en el mundo, ni pongas
tu ilusión en las mujeres
ni tu esperanza en las obras
de la amistad, porque el día
que te haga falta una rosca,
si la esperas de un amigo,
ya verás dónde te montas.

—Aquí; ya lo sé,

—¡Qué duda

cabel! Por eso me choca
que una nimiedáz como esa
te haiga revuelto la cólera.

BRINDIS



BRINDIS

PRONUNCIADO EN UN FAMOSO BANQUETE QUE SE CELEBRÓ Á
ORILLAS DEL MANZANARES, EN HONOR DE LA «EMINENTE»
DIVA CALLEJERA YUCUNDA CONDE, CONOCIDA EN EL MUN-
DO DEL ARTE POR «MADAME PIMENTÓN»

Ruiseñor con pelerina:
tu garganta peregrina,
cuando trina, me enajena;
es como el de la Sirena
tu canto, porque fascina.

Tiene tu voz tal imán,
que tras de los pliegues van
de tu esclavina incolora,
los que te oyen, ¡oh, canora
trovadora de mi afán!

No eres tú de esas cantantes
de estropajo y de soplillo
que se forran de brillantes
cantando cosas picantes
y moviendo el solomillo;
tú, lo grosero desdeñas,
y como tan sólo sueñas
con rendir al Arte culto,
te *empeñas*... porque no enseñas
lo que debe estar oculto.

Deja que tu mano estreche,
fenómeno de mujer,
y ¡ojalá que te aproveche
la ensalada de escabeche
que te acabas de comer!

¡VIVA MADRID!



¡VIVA MADRID!

—Cá día estoy más ufano,
más orgulloso y más hueco
por haberme dao mi madre
á la luz en este pueblo
de Madriz, ande radico,
y que me dispense el resto
de las provincias si queda
su amor propio por el suelo;
pero la verdá se impone,
Valentín. Y al decir esto,
que he manisfestao, no vayas
á figurarte que tengo
presente ni la Gran Vía,
ni la estatua de Espartero,

ni el nodoro surterráneo
que nos están costruyendo,
ni lo benizno del clima,
ecétera; me refiero
prencipalmente á la salsa
ú al estinto que tenemos
pa organizar festivales
chipén.

—Ese es mi criterio.

—¡En esta materia estamos
de non!

—Escucha, Norberto:
y tú ¿á qué lo achacas?

—Hombre...

debe ser un privilegio
que Dios nos ha dao, lo mismo
que á otros les da, por ejemplo,
los aroplanos. En fin,
un don especial.

—El hecho
inrebatible es que hoy día
pa festivales seleztos
Madriz na más.

—¡Y que no

te se olvide! Porque bueno;
que en París, un supongamos,
que están forraos de dinero,
levanten torres *Eifeles*
y sepan hacer festejos
se comprende, porque pa algo
sirve el tener elementos;
pero que aquí, como sabes,
con cuatro duros en perros,
tóo lo más, se haiga batido
el recor... ¡Es que hay que verlo,
Valentín!

—¡Y con la rémora
de que se ha pensao en menos
de ocho meses!

—¡Pues calcula
lo que pasa si podemos
prepararlo tan siquiera
con dos años más de tiempo!...
¡No cabe mejora!

—Cabe.

—No se cuála.

—Yo la veo.

—¡Miá que se ha hecho mucho!...

—Estoy

penetrao de lo que se ha hecho,
y aunque me sé de memoria
cómo están los forasteros
de entusiasmaos con el tùmulo
de cosas que han visto, creo
que han faltao dos ú tres toques
pa quedar como Dios.

—Bueno;
es que hablar se habla muy fácil
también, porque yo recuerdo
perfetamente el pograma
de las fiestas, y te deajo
cortarme lo que tú elijas
si hay quien lo haga más completo.
—¡Hombre, según!

—No permito
discursión sobre este extremo;
porque ponte tú la mano
en el lateral izquierdo,
y dime concretamente
si estoy borracho ú si llevo,
sin haberme dao yo cuenta,
virutas en el cerebro.

—¿Pero quién te ha rebatido?

—Es que me ataca á los nervios
el pensar que haiga quien pueda
sacarnos algún defezto.

Porque veste tú fijándote
en la lista de festejos,
y á ver ande está el maúfas
que haiga presenciao na idéntico

—¡Lo sé!

—Pa que te convenzas,
ves contando con los dedos
y suma. Primera cosa:
trenes á mitá de precio
por todas las linias...

—¡Digo!...

—¡Cállate, que hay más! Relevó
en Palacio tóos los días,
gratis pa los forasteros.

—¡Otra pequeñez!

—¡Y flojal!

Verás cómo van saliendo.

—Sigue.

—Maniobras noturnas
pa jóvenes de ambos sesos

en el Botánico (un número
que ha tenido la mar de éxito),
entrá libre al Bazar X
y oción á ver los ojeztos
sin gravamen; bailes públicos,
al nivel del extranjero,
en la estación de las Pulgas,
el ventorro del Chaleco,
el campo del Tío Merege
y el muladar de Mamerto;
películas catarrales
al aire libre; concierto
cá dos horas por la banda
municipal ande menos
te lo figuras; concurso
internacional de puestos
de rosquillas, alcagüeses,
algarrobas y otros géneros
en la Pradera, con vistas
á dos ú tres cementerios
pa mayor solaz; cucañas,
fut-bul, viajes de recreo
de Sol á Cuatro Caminos
y vice, por veinte céntimos

ida y vuelta, y otros muchos
espetáculos de menos
atracción, pero que ayudan,
como es, ahora que me acuerdo,
la *repris* de *Los Madgiares*
en Apolo.

—¡Ya lo creo!

—Y aún hablabas de mejoras...
¡Hombre, por Dios, no hay derecho!

—Si estoy conforme contigo,
pero ven acá, so terco;
dí tú: ¿qué es lo que sucede
si encima de lo que se ha hecho

le añides á este pograma
un par de atrativos de esos
escepcionales que existen,
como son, sin ir más lejos,
regatas en el Arroyo

Abroñigal, por ejemplo,
ú certamen de acordeones
ú carreras de cangrejos?

—¡Hombre... estremando las cosas,
claro que sí!

—Pues por eso

te he manifestao que cabe
mejoría.

—Estoy de acuerdo.

—¿Lo ves?

—Cuando se razona
y se sacan argumentos,
hay que *dinarla*.

—¡Qué duda!

Ahora, eso sí, te prevengo
que lo que es el año próximo,
tomándolo con sosiego,
al pogramita que hagamos
le van á zumar los huesos.

—¿Más?...

—¡Más! ¡Nos sobran agallas
y gusto á los madrileños
pa montarnos en Uropa
cuando haiga interés en ello!

—¡A ver si nos toman tirria
las otras naciones luego!

—No te preocupes. ¡Obrando
como lo estamos haciendo,
se dinifican los hombres
y se agigantan los pueblos!

EL PATIO TRANQUILO



EL PATIO TRANQUILO

SAINETE COMPRIMIDO

PRÓLOGO

A telón corrido.

(Personaje único: ORTIZ,
inspector de Policía
Urbana, con más galones
que el ministro de Marina.)
*(Sale Ortiz, pausadamente,
llega hasta la batería,
se atusa los cuatro pelos
que tiene en la coronilla,
tose, adopta una actitud*

*gallarda y así se explica
ante el público, después
de hacer una cortesía):*

Señoras y caballeros:
Como no quiero que digan
que aquí estafamos á nadie,
yo, por propia eniciativa,
salgo á decirles á ustés
la verdáz. Esta cosita
que vamos á hacer no vale
dos pesetas, y es indizna
de que la oigan y la vean
personas tan distinguidas
como ustés, aunque comprendo
que está mal que yo lo diga.
El autor la hizo antinoche
de dos patás y no tira
con ella á que le levanten,
una estatua en la Gran Vía.
Ahora, si se la levantan,
jeso, allá ca uno! A lo que iba:
Se trata de una ligera
custión entre dos vecinas
de barrio, que no conocen

la urbanidaz ni de oídas,
y, es claro, como estas gentes
no han ido á las Orsulinas
ni tienen, como nosotros,
la educación que es debida,
pues suelen meter la pata,
llevás de su fantesía,
y emiten dichos que atañen
al padrón de la familia.
Pero, en fin, después de tóo,
¿qué persona, por muy fina
que sea, no la ha metido
alguna vez?... ¡Tonterías!
Quié decirse que, si ustés
oyen cualquier grosería
por un casual, no hagan caso
nenguno, que en esta vida
las cosas hay que tomarlas
según el que las emita,
porque, ¿es lo mismo la coz
que dé una caballería
que la que dé yo, en un razto
de acaloro? ¡Es muy destinta!
(me paece á mí), porque siempre

hará más daño la mía.

Y ahora vamos á otra cosa,
que es bueno que tóo se diga.

Toman parte en el asunto:

la Filo, una cupletista

que menea el caderamen

y baila la *danza egicia*

en los cines, con cá molla

y cá redondez que priva.

Marcos, esposo legítimo

de la anterior, se dedica

á las labores domésticas

y fué triple ñe capilla.

La Dioni, chula ordinaria,

pero frescachona y limpia,

que cuando se descompone

y la buscan las cosquillas,

tié una lengua que hay que usar

burlete para no oirla.

Vitor, su... conglomerao,

mixto de caballería

y de arbañil, que no ladra,

pero es porque no se estila

Un niño, fruto inocente

de un choque de simpatía
entre la Dionisia y Vitor...
en fin, ¡cosas de la vida!
Pepa, mujer de *Manolo*,
curda de primera fila,
que tiene el campeonato
de resistencia en la pítima,
y *Ortiz* (servidor), que está,
por si ustés le necesitan,
en el *Ramo de Limpiezas*
de la Casa de la Villa.
He de azvertir, pa que luego
no tengamos tonterías
ni gaitas, si el espetáculo
se concluye de seguida,
que por mucho que estiremos
la cosa, no dura arriba
de un cuarto de hora, y que aquí
no hay farrucas ni machichas,
ni enseñan ná las señoras,
ni mueve nadie la tripa.
Ahora, si ustés nos machacan
después de dar esta ristra
de esplicaciones, qué le hemos

de hacer; ¡pacencia y saliva!
 Conque beso á ustés la suya,
 y á ver si pa cuatro días
 que va uno á vivir nos dan
 ustés en la coronilla.
 ¡Melitón, arriba el trapo!
 Señores, hasta otra vista.

(*Mutis.*)

Lugar de la acción: Un patio
 de vecindad. Es de día.
 Al empezar el sainete
 peina al CHICO la DIONISIA
 y le introduce las púas
 de la lendreras en la crisma.

ESCENA PRIMERA

DIONISIA y el CHICO

CHICO. ¡Ay, ay!

DION. ¡Cállate, arrastrao!
 Que te he de arrancar á tiras.

El pellejo pa que mires
otra vez ande te arrimas.

CHICO. ¡Ay, ay!

DION. ¡Toma, so cochino!
¡Lástima de pulmonía!

ESCENA II

DICHOS y MARCOS

MARC. *(Que viene de los Mostenses
con un cabás modernista,
contando dinero.)*

Ochenta
y treinta... ¡Muy buenos días!

DION. ¡Vaya usted con Dios!

MARC. Ochenta
y treinta de la lejía

una con diez... ¡No me sale!

¿Sabe usted, señá Dionisia,
si ha subido mi señora?

DION. Me paece que no.

MARC. ¡Qué chical!

DION. Mucho madruga.

MARC. ¡Si no

se ha acostado todavía!

DION. ¿Pero es que no duerme en casa?

MARC. Ya hace tres noches.

DION. ¡Atiza!

MARC. ¡Ese dichoso teatro
la está quitando la vida!
¡Claro está! Como ella es la única
que resulta en la taquilla,
¿sabe usted?, porque hace todo
lo que hace la *Fornarina*,
pues unas noches con otras
sale á tres piezas, y encima
la hacen ensayar después
de la función muchos días.
Así es que viene la pobre
lo que se dice molida.

DION. ¿Pero la deja usted ir sola?

MARC. ¡Cómo sola! ¡No, hija mía!
¡Qué disparate! ¿Usted cree
que ella?... ¡Ca! ¡Sí, sí; bonita
es mi mujer!... La acompaña
un abonado, bolsista,
que se ha ofrecido á ir con ella
hasta que encontremos chica.

DION. ¡Tenga usted cuidao!

MARC. ¡Quien!... ¡Nada!

¡Es persona correctísima!

¡Por Dios!... Siempre la está hablando
de la Bolsa y de las fincas
que tiene, porque es muy rico,
pero, nada: sin malicia.

DION. ¡Ya es de agradecer!

MARC. ¡Ay, sí!

Calcule usted si me quita
molestias, porque se viene
con ella todos los días.
No tardarán.

DION. Y usted aquí.

MARC. ¡A ver! ¿Quién barre y quién limpia?

Antes me echaba una mano
la criada en la cocina;
pero ahora, como también
se ha metido á cupletista,
me lo tengo que hacer todo
yo solito. En fin, vecina;
voy á hacerla el desayuno
por si viene.

DION. ¡Mariquita!...

- MARC. ¿Eh?...
- DION. ¡Sácate la cofaina!
- MARC. ¿Cómo?...
- DION. Hablaba con mi chica.
- MARC. ¡Ah!... Bueno, hasta luego.
- DION. Adios,
vecino. (¡Los hay con pintas!)
*(Entra el amigo en su cuarto
del corredor y en seguida
sale del suyo la Pepa,
que es una chula castiza.)*

ESCENA III

DIONISIA, el CHICO y PEPA

- PEPA. ¡Manolol!... Adiós, seña Dioni.
¡Vamos, hombre; á ver si estiras
la asadura! ¿O vas á estarte
en la cama toá tu vida?...
- ¡Pero, ve usté!
- DION. Mujer, déjale
que duerma la *papalina*,
que anoche creo que vino
cargao...

- PEPA. ¡Maldita bebida!...
¡Miste que la trajo gorda
el ladrón!... ¡Así permita
Dios que se le vuelva dentro
cardenillo!
- DION. ¡Por Dios, hija!...
Es un vicio de la sangre.
- PEPA. Es una... no sé lo que iba
á decir, porque me tiene
muy harta, señá Dionisia!
- DION. ¡Harta!... ¡Ya, ya!
- PEPA. ¡Sí, señora!
- DION. Siempre sales con la misma
relación, y en cuanto te hace
dos ú tres zalamerías
de las tuyas te derrites
igual que la mantequilla.
- PEPA. ¡Sí, señora! Eso es lo que á una
la pierde, señá Dionisia;
el ser una pa los hombres
tan eso... tan...
- DION. Sí; no sigas,
que aunque des con la palabra
no vas á poder decírmela.

- PEPA. ¡Miá que es usted maliciosa!
- DION. Vamos, anda, date prisa;
no tardes, y cuando vuelvas,
te sacuda la polilla.
- PEPA. Tié usted razón. Hasta luego.
- DION. Anda con Dios, hija mía.
*(Vase Pepa por el foro,
y el niño de la Dionisia
berrea como un becerro,
sujetándose la tripa.)*
Pero, chico, ¡qué te pasa!
¿Otra vez?... ¡Jesús, qué vida!
¿Qué has comido, condenao,
pa que estés así tóo el día?
- CHICO. ¡Ay, ay!
- DION. ¡Ven aquí, cebón,
y á ver si revientas!

*(Tira
de él y se lo lleva á rastras,
lo mismo que las mulillas
á los pencos. Por el foro
entra un guardia á toda prisa
y llama en el bajo izquierda,
mientras dentro, la Dionisia*

*le pone á golpes al chico
las nalgas en carne viva.)*

ESCENA IV

ORTIZ y GUARDIA

ORTIZ. *(Dentro, con voz destemplada.)*

¿Quién llama?

GUARD. Soy yo: Fariñas.

*(Abren la puerta y Ortiz
sale en mangas de camisa,
con una pluma en la oreja
y en la mano unas cuartillas.)*

ORTIZ. ¿Qué traes?

GUARD. El Teniente alcalde
que vaya usted de seguida

ORTIZ. ¡Quién! ¿Yo?...

GUARD. Sí, señor.

ORTIZ. ¡Rediezla!

¡Pues me echa una lavativa!

GUARD. ¿Por qué?

ORTIZ. Porque estoy haciendo
un *melódrama* á toá prisa

pa Barbieri, y no me falta
más que darle la puntilla.

GUARD. ¿Pero usted también escribe
comedias?

ORTIZ. ¡A ver qué vida!

GUARD. ¿Pero usted?...

ORTIZ. Sí, hombre. ¿Qué pasa?
Ya te daré una entradita
pa el estreno.

GUARD. ¡Anda diez!

ORTIZ. Veste,
que yo voy pa allá en seguida.

GUARD. ¡Este escribiendo!... ¡Señores,
cómo está el arte hoy en día!

ESCENA V

FILO, CABALLERO, y en seguida, DIONI
y el CHICO

FILO. *(Despidiéndose en el foro
del caballero bolsista
que, por descansar á Marcos,
la sirve de compañía.)*
¡Adiós!... ¡Vete!

CAB. Hasta la noche.

FILO. No faltes.

CAB. ¡Adiós, mi vida!

(Vase el galán. Filo sube la escalera de puntillas, mientras reanuda el expurgo del chiquillo la Dionisia, y al acercarse á su cuarto, da un grito y se pone livida por algo que ve en el suelo que la remueve y la indigna.)

FILO. ¡¡Uf!!... ¿Pero qué redemonios ha pasao aquí? ¡Maldita siá la casa y el que la hizo!
¡Oiga usted, señá Dionisia!

DION. ¿Que se le ha roto á usted?

FILO. Nada.

Advertirle á usted que el día que al niño vuelva á ocurrírsele hacer chistes aquí arriba, le va á quedar la fragancia pa tóo el mes.

DION. ¡Jai, jai, qué risa!

FILO. ¡Tan poca vergüenza tiene

la madre como la cría!

DION. ¡No se enfade usted, *señora!*

FILO. ¡Qué asco de niño!

DION. Pero, hija,
¿es que quíe usted que le amarre
del pescuezo una tomiza
y que le saque al arroyo
lo mismo que á una perrita
de lanas?... ¡Pues no ha cambiao
que digamos, su ilustrisma
desde que dejó los zorrós
pa meterse á sicalítica!

FILO. ¡Vaya usted de ahí, so ordinaria!

DION. ¡Adiós... la *señora* final...

ESCENA VI

DICHAS y MANOLO

MAN. (*Asomándose á la puerta
en paños menores.*)

¡Niñas!

¿Me hacen ustés el osequio
de entornarse las boquitas

pa ver si puedo coger
el sueño?

FILO. La papalina,
será lo que pué que coja
usté, como tóos los días.

MAN. Ca uno coge lo que puede,
como usté sabe.

DION. ¡Ahí le pical!

FILO. ¿Qué quié usté decir?

MAN. Yo, nada.

¡Muy buenos!

FILO. ¡Qué porquería
de gentuza!

DION. Buen remedio:
tome usté la Equitativa,
y así estará usté más ancha
y más ventilá, *querida.*

FILO. No puedo. Estoy esperando
que construyan la Gran Vía
pa alquilar un entresuelo
de tóo lujo

DION. ¿Es usté rica?

FILO. Con lo que tengo en el Monte,
me sobra.

de persona distinguida!

DION. ¿Tié usté por ahí unas gafas?

FILO. ¿Ahumás ú de roca antigua?
Porque yo las gasto oscuras
pa que el sol no tenga envidia
de estos ojos.

DION. ¡Ay, qué lástima!

FILO. Pero si se nesecitan
de aumento, pongo por caso,
se buscan.

DION. No corre prisa.
Eran pa que viera usté unos
bajos como no se estilan
en la casa; sobre todo
en los cuartos de ahí arriba.

FILO. ¡Ay, á verlos!

MARC. Mujer, déjala,
que ahora está de cacería
y vas á espantarle alguna
pieza mayor.

DION. ¡Miá qué rical!

VICT. ¡Oiga usté, so cabezota!

MARC. ¿Es á mí?

VICT. ¡A usté, mi vida!

¿Se pué saber quién ha sido
el alma caritativa
que le ha dao á usté la vela
pa este entierro?

DION.

¡Vete!

VÍCT.

¡Quita!

MARC.

¡A mí no me ha dado nadie
vela!

FILO.

Ni la nesecita,
porque él la tiene á toas horas.

MARC.

¡Eso!

DION.

¡Ya lo presumía!

VÍCT.

Cuando dos mujeres riñen,
es decir, cuando porfían
esta dama de aquí abajo
y esa golfa de ahí arriba,
usté se guarda la lengua
y se mete en la cocina
á ver si hay que fregar algo,
¡so animal!

CHICO.

¡Padre!

MARC.

¡Qué risa!...

Oye: le ha llamado padre;
¿ves qué chico tan bromista?

*(Victor trata de subir,
en actitud agresiva,
y su mujer le contiene
para evitarle una ruina.)*

- VICT. ¡Baje usted aquí!
- CHICO. ¡Padre!
- DION. ¡Vitor!
- FILO. ¡So... siéguele usted, vecina!
- DION. ¡Entrate!
- VICT. ¡No tié él la culpa!
- MARC. La tiene el que se denigra
discutiendo con pelambres.
- DION. ¿Y usted, qué es?
- VICT. Calla, Donisia;
que lo que él es, ya estás harta
de oirlo decir tóos los días.
- MARC. ¡Repítalo usted!
- VICT. No quiero,
que hay niños,
- FILO. ¡Golfo!
- DION. ¡Gallina
- FILO. ¡Déjame!
- DION. ¡Maldita siá!
- MARC. ¡Ven acá!

VICT. ¡No subas!
 DION. ¡Quita!

ESCENA VII

DICHOS y ORTIZ

ORTIZ. *(Que entra como se le hubieran llamado con campanillas cuando los nervios estallan y los golpes se avecinan).*
 ¡¡Alto!!... ¿Qué escándalo es éste?
 ¡Señores! ¡Que no se diga que cuatro personas serias y bien educás y diznas, por un quítame esas pajas, pierden su buena armonía! Ea; ca cual á su cuarto, y que no haiga más rencillas!

VICT. ¡¡Puaf!!...

FILLO. ¡¡Burro!!

ORTIZ. ¡Vamos pa adentro!

MARC. No te arrebrates, vidita, y entra á descansar un rato, que habrás venido rendida.

FILO. Anda, saca la bayeta.

MARC. ¡Eso es lo que me fastidia!

(Entre unos y otros se cruzan miradas torvas, que indican que el asunto no ha tenido solución definitiva; escupe Marcos á Victor, y al recibir la saliva, éste, sin hablar, contesta de una manera expresiva; pero cumpliendo el mandato de Ortiz, todo se termina por el pronto, haciendo mutis en direcciones distintas, la Filo con su consorte, y Victor con su costilla. Entonces el inspector, volviéndose á las vecinas, que al olor de los azotes, salen lo mismo que hormigas, dice con voz campanuda y en actitud tribunicia):
¡Comprimase aquel que tenga

genio fuerte y sangre viva,
y miren qué fácilmente,
si no es por mi voz amiga,
se ven dos hombres perdidos
y dos mujeres perdidas!

TELÓN

TODOS POR LA IDEA



TUDO POR LA IDEA

—¡Pero, hombre, vente á razones!

—¡Es inútil tóo lo que hables!

La acción que tú has cometido
teniendo los ideales

de la izquierda, se merece

que si el partido lo sabe

te eche á patás de su seno,

porque esas cosas no se hacen.

—¡Hombre!...

—¡No hay hombre que valga!

¿Te paece á ti razonable

que, traicionando al partido

republicano y ciscándote

en el dozma (disimula

si es algo cruda la frase),
haigas tenido el cinismo
de ir al cerro de los Angeles
con los neos, en lugar
de hacerles el *bueycotage*?
—¡El hambre es muy negra, Dimas!
—Ya sé que es muy negra el hambre,
porque la he pasao cien veces
más gorda que tú, si cabe;
pero el honor está encima
del estómago y no valen
surtefugios, porque el dedo
ya hay pocos que se lo mamen.
¿No hubiera sido más propio,
más decente y más laudable,
haber ido con los cólegas
de tu matiz por la calle,
metiéndote con los curas
pa probar que aún hay coraje
en el pueblo? ¿De qué sirve
que los jefes prencipales
cospiren por la República
y estén hechos unos mártires,
si tú y otros indecentes

no le secundáis sus planes?
¿Quiés decir qué adelantamos
con que nuestros concejales
haigan metido las cosas
del Concejo por el cauce
de la reztituz, á fuerza
de cevismo y de carázter,
cuando el que ha de darles alas
les merma sus facultades?
¿Cómo vamos á quejarnos
de que la *ola negra* avance
si está minao el partido
de póstatas y farsantes
como tú?

—¿Qué?

—¡Na mas

—¡Eso

no me lo dice á mí nadie!
¡Yo soy más republicano
que Dios y que don Melquiades,
con serlo mucho, y daría
la última gota de sangre
de mis venas, por mechar
un obispo y por cargarme

media docena de monjas
ca ocho días! ¡Yo; Miñambres!!
Pero el hombre no depende
de su voluntáz y hay trances
en la vida que te ponen
á parir.

—¡Pue ser!

—¿Tú sabes
mi situación la antevíspera
del *apleche* de Getafe?

—No.

—Bueno; pues porque echaron
de la obra de Cañizares
al *Zurdo*, que es un gandul
y un sinvergüenza muy grande,
la Direztiva del gremio,
por espíritu de clase
ditó el paro, porque aquí
cuando hay conflictos sociales
no sabemos darles cara
na más que martirizándose
los intestinos. De modo
que hará tres meses el martes
que en mi casa no se enciende

la hornilla, que á los chavales
se les están osidando
poco á poco los molares,
y que á estas horas no tengo
ni sillas donde sentarme,
porque llevo, como ves,
un trapo atrás y otro adelante.
—Sigue.

—En estas circunstancias
vino á verme cierta tarde
la mujer de mi casero,
y después de recordarme
que tengo una longaniza
de alquileres en el aire,
vá y me pega un cachetito
en la miajilla y mirándome
de cierto modo, se arranca
y me dice así:—*Minambres:*
¿quién usté ganarse dos duros
y una tortilla?—¡Puñales!
(dije yo) *¡Pues ya lo creo!*
¿Qué hay que hacer?—Ir á Getafe
de pelegrino.—¿Yo?—¡Claro!
—*¿Y á qué?—A orar.—¡Anda mi madre!*

*Le azvierto á usté que yo soy
de Lerroux.—Eso no le hace.
La cuestión es engrosar
aquello, pa que se rasque
Canalejas.—Por ser cosa
de usté, iré.—¡Dios se lo pague!
Pues esté usté en la estación
á las diez, que es cuando salen
los de San Justo, y allí
le entregarán á usté un pase
de tercera, la tortilla
(pidala usté de las grandes),
la bendición y un lacito
que debe usté colocarse
en el ojal.—Bueno, si;
pero ¿y los dos machacantes?
—Esos se darán después
que la ceremonia acabe,
porque van muchos granujas
y no puede uno fiarse.
En resumen, pa no ser
pesao: que llegué á Getafe;
subí entre varios pendones
al cerrillo de los Angeles;*

cantemos unas folías;
me apoquinaron los *jambes*,
trabé amistad en el Cerro
con una gachí de ¡*Agárrate
que vuelven!*, que iba también
á engruesar la cosa, ¡y pásmate!
simpaticemos de un modo
que á la hora del pisco-labis
me propuso que juntásemos
lo de los dos; yo, galante,
la dí gusto; nos bajemos
por aquellos andurriales;
improvisemos al lao
de una viña el *restaurant*
y nos dimos un banquete
que ríete tú de Lhardy.
Resultao inrebatible
de la excursión: que me traje
diez pesetas pa comer
cuatro días á diez reales;
que la mujer del casero
se ha comprometido á darme
de su *motu* la primera
portería que le vaque,

y que la gachí de marras,
queriendo manifestarme
su gratitud, me ha asiznao
siete cincuenta mensuales
de pensión, con la promesa
de subírmela si hay margen.
¿Y es esto pa que te pongas,
como te has puesto endenantes,
hecho un toro y pa que me haigas
llamao póstata y farsante?...
¿Habrá alguno en el partido
que, teniendo dos adarmes
de sentido común, diga
que mi acción es repuznante?
¿O es que el ser republicano
me va á privar de buscarme
con decoro dos pesetas
pa un indecente potaje?
¡Hombre, no hay derecho!

—¡Así,

tiés razón!

—¡Qué duda cabel!

.....
.....

—Oye una cosa.

—Qué.

—Tú,

después de lo de Getafe,
¿cómo estás con tu casera?

—¿Yo? ¡Como los propios ángeles!

—¿Y dices que son dos duros?

—¡Eso sin contar los gajes!

—Pues hombre, voy á pedirte
un favor.

—¿Cuál?

—Que la hables

por mí, si organizan otra
cuchipanda de esa clase.

—Ningún trabajo me cuesta,
pero he de manifestarte
que pa la otra son ya muchos
los que quieren contratarse,
y que, en su vista, han bajao
la tara á catorce reales.

—¡Buenos son! Menos producen
las nuestras, que son de gratis.

AL MAESTRO VEGA



AL MAESTRO VEGA ⁽¹⁾

(MI PADRE ESPIRITUAL)

Cantor egregio de los Madriles,
pintor sublime del pueblo bajo:
perdón si turba tu paz solemne
la voz plebeya de un pobre bardo,
que no sabiendo pulsar la lira
tañe las cuerdas de un mal guitarro.
Hoy se congregan para cantarte
doctos varones, hombres preclaros
que al propio tiempo que honor te rinden
de honor se cubren, y pues que al acto
de tu homenaje, sin merecerlo,

(1) Composición leída en el Ateneo de Madrid, en homenaje al insigne salnetero D. Ricardo de la Vega.

ara honra mía vime invitado,
si otros te cantan con arpas de oro,
yo, á mi manera, también te canto.
Entone himnos á tu grandeza
quien tenga arrestos para entonarlos;
yo, padre mío, tan sólo puedo
decirte cosas de gusto amargo,
porque hoy mi musa cascabelera,
que también sabe sentir á ratos,
á verme vino, de luto el alma,
tristes los ojos y mudo el labio.
Llora mi musa, porque, al recuerdo
de este homenaje, mira al pasado
y ve el tesoro de tus sainetes,
que son orgullo del arte patrio,
envuelto en nubes de indiferencia,
de ingraticudes y desengaños.
Llora mi musa, porque ya sabe
que, aunque vergüenza da confesarlo,
murió el sainete castizo y neto
la tarde misma que te enterraron.
Llora mi musa viendo á Talía,
que, á la rebata su honor tirando,
con mercachifles y con jayanes

vive en perpetuo concubinato.

.....
Por el decoro de nuestra escena,
con noble esfuerzo, digno de lauros,
luchan algunos; pocos, ¡muy pocos!
(me sobran dedos para contarlos);
mas con ser ellos bravos y fuertes
por sus prestigios y por su rango,
temo que al choque con la morralla
rendidos queden y avergonzados,
que hoy es el Arte sanhopancista,
y ahora el que escribe para el teatro
sólo endereza sus ideales
á ver si cobra más que Fulano,
y, atento al logro de las pesetas,
confía el triunfo de sus garbanzos
al molinete de alguna golfa
ó á las piruetas de algún payaso.

.....,.....
Murió el sainete porque, sin duda,
los que pusieron en él antaño
las lozanías de sus amores
y el fuego virgen de su entusiasmo
volar quisieron á las alturas

en plena gloria, y allí olvidaron
la risa franca de los humildes
por la lisonja de guante blanco.
Bien los conozco (te estoy oyendo),
y es cosa triste que esos ingratos,
por servir gustos de gente frívola,
sólo me dejen con mis quebrantos;
mas ¿por ventura no hay más autores?
¡Ay, sí, maestro!... ¡Vienen á carros!
¿Es que no escribe la gente nueva?
¡Sí, padre mío; más que el Tostado!
Jamás la fiebre de escribir obras
tuvo en España nivel tan alto,
que haciendo copias de las ajenas
no dan algunos paz á la mano,
porque las gentes, desde que saben
que no hay presidios en el Parnaso,
como el del cuento, las roban hechas,
ya que inventarlas cuesta trabajo.
Nunca como ahora tuvo Talía
con sus galanes goces tan varios,
ni hubo fregona de ventorrillo
que más danzara de mano en mano,
porque en los tiempos de garrotines

y de operetas que atravesamos,
brotan autores entre los guijos,
hay veinte *cines* en cada barrio,
suple al ingenio la desvergüenza,
y en lucha loca por los ochavos,
entre erotismos de bajo vuelo
y melodramas patibularios
y revistitas que ya eran viejas
cuando reinaba Felipe Cuarto,
han convertido nuestros beocios
en vertederos los escenarios.
Y aquí termino. Perdón, maestro,
si este romance deslavazado
turbó un momento tu paz solemne
con las tristezas de su relato;
perdón á todos si mis palabras
rudas y torpes os lastimaron,
y al enjuiciarme tened en cuenta
que son palabras de un pobre bardo
que, no sabiendo pulsar la lira,
tañe las cuerdas de un mal guitarro.

—
Damas ilustres: á vuestras plantas.
Nobles amigos: besos las manos.

TAL PARA CUAL



TAL PARA CUAL

—A ti van á darte un día
dos palos en la cabeza,
y ¡ojalá Dios que te la abran,
á ver si al fin escarmientas!

—¿Por qué lo dices?

—Lo digo

porque posées una lengua
que debían de picártela
pa hacer morcilla perrera.

—¿Yo?

—¡Tú!

—¡Muchas gracias!

—No

se merecen, porque en esta

manifestación que me oyes
no hay más que justicia seca.
—¡Anda éstel!... ¿Pero yo qué hago?
¡Paece mentira que tengas
el tupé de dirigirme
intrepelaciones de esas!
¿Que qué haces? Pues no haces mas
que difamar, á sabiendas
de que mientes, y quitarle
á Dios padre la pelleja.
Mujer que tenga el capricho,
la desgracia ú lo que sea
de azmitir tu compañía
por sitios ande sos vean,
ya puede meterse á *oblata*
ú marcharse á Suz América,
porque si te oyen á ti,
¡cualquiera carga con ella!
Secreto que te confie
cualquier amigo en reserva,
¡ni *Los Tirolese!* Antes
de diez minutos se entera
tóo dios de lo que has oído
y de algo más que tú agregas.

Si una moza te promete
tal ó cual condescendencia
pa más alante, lo dices
buscando unas triquiñuelas
que te lo dan por comido
sin olerlo tan siquiera.

Quiere decirse que el día
que tú pongas una agencia
de publicidaz y dejes
de afeitar por las afueras
vas á ganar más millones,
que pelos tiés en las cejas.

—¡Atiza!

—¿Que no? Reciente
tiés el caso de la Aurelia:
la pobre mujer estaba
pa casarse en toda regla,
y desde el día que tú
sacastes á la vergüenza
ciertas cosas de la chica
que la ponen en videncia,
resulta que no hay un hombre
que la hable, como no sea
de asuntos que están en puzna

con la Santa Madre Iglesia.

—¡Caray!... ¿Si resultará que le he cortao la carrera á la infeliz?...

—No te *chufles*

ni salgas por peteneras, Venancio, porque aunque sé que no es la *casta Josefa*, realmente, y aunque me costa que si no fuese por ella y por otras de su misma constitución, á estas fechas el destrito de la Inclusa hubiese cambiao de lema, no hay derecho pa que tú, que paéces un sacamuelas, pregones por ahí las macas de una mujer indefensa, másime más cuando tóos sabemos de ciencia cierta que ni te va ni te viene.

—Bueno; pues pa que tú veas, ¡sí me vienel! Y sí me viene, porque el novio de la Aurelia

es primo mío, y un miembro
de mi familia no lleva,
como yo esté en el intríngulis.
madroños en la cabeza.

—Está bien. En este caso
disculpo tu ligereza;
pero ¿y lo mío?... Lo mío
es una mala vergüenza
que no tié nombre, mediando
las circunstancias que median:
el miércoles por la tarde
te pedí cuatro pesetas
pa un compromiso de faldas,
que sabes que era de urgencia,
y encima de que salistes
del paso con una treinta...

—¡Dos diez!

—¡Es igual! Y encima
de darme aquella miseria,
como digo, ya lo saben
hasta los niños de teta,
porque tú te has encargao
de correr por ahí la especia.
¿Es estó de hombres?... ¿Mereces

alternar con gente seria?...
¿No eres dizno de que te hinchen
las narices por boceras?
Bueno que uno se aproveche
del mundo tóo lo que pueda,
y que le dé gusto al cuerpo,
y que acapare las hembras,
porque á lo mejor la *diñas*
y al que se muere le entierran;
pero aquel que es caballero
y sabe obrar con decencia,
procura guardar las formas
y hacerse un ñudo en la lengua.
¿Habré tenido yo enredos
desde que vine á la tierra?...
¡¡Dos mill!! ¿Habré malograo
matrimonios?... ¡¡A docenas!!
¿Pasarán hombres hoy día
por calles y por prazuelas
junto á mí sin maliciarse
que fuí yo?... ¡Más de un cincuenta
por ciento de los iscritos
en el Censo! No te quepa
duda, Venancio. Pues bien;

¡á ver si hay uno que pueda
mencionar un trapicheo
de los míos!

—¡Ni siquiera!...

—¡Ya se ve que no!

—Lo tuyo

con Paca *la de las greñas*
¡no lo supo nadie!...

—Aquello,

si se supo fué porque ella
se lo dijo á las amigas
pa lucirse.

—¡Como quieras!

Y lo del medicamento
que le distes á la Usebia
de incónito, ¡ni las moscas!...

—Porque lo contó la Prensa.

¡Miá ahora tú éste! ¡Pues menuda
zambra se armó!...

—Y la sorpresa

del marido de la Otilia,
cuando te rompió la pierna,
¡sonó poco!...

—Pero, bueno,

y eso, ¿qué?

—No le des vueltas;
tú has tenido en este mundo,
tóo lo más, media docena
de líos, aunque presumas
de tacón; pero te arreglas
de un modo, con tóo tu tazto,
tu mutismo y tu decencia,
que hasta el Colegio de Ciegos
y Sordo-mudos se entera.

—Eso es desgracia.

—¿Desgracia?...

¡¡Satisfación!!

—No lo creas.

—¡Dí que eres un jesuíta,
y á otra cosa! ¡Pues apenas
distingo yo de colores
pa tragarme tus comedias!
Las cosas de las mujeres
son de tal naturaleza,
que el pedirle á uno sigilo
es pedirle al olmo peras;
porque en el amor no existe
mas que una verdáz, y es ésta:

cuando una moza de mérito
te hinotiza y te subleva,
y después de achicharrarte
se rinde á tus exigencias,
por mucho que te comprimas
y por muy formal que seas,
más que con el hecho en sí,
disfrutas conque se sepa.

¿Voy mal?

—¡Hombre, yol...

—En redondo,

di tú lo que te parezca.

—Algo hay de verdáz, Venancio.

—¡¡Como que es la salsa, Esteban!!...

Á UN RUFÍAN



Á UN RUFÍAN

No eres tú, chulapo ruin,
pinturero y farfantón,
el hijo de mis Madriles
ni el chulo que canto yo,
que aunque madrileños ambos
y aunque de igual exterior,
tenéis, porque á Dios le plugo,
distinta la filiación.

No fía el mío á la faca
los éxitos del amor,
ni tunde el cuerpo á las hembras,
ni hace oficios de *macró*;
no usa el mío, como tú,
pantalones de farol

ceñidos por los ijares
y rellenos de algodón,
para fingir robusteces
que tu padre te negó,
ni subasta la figura,
ni blasfema por *sport*,
ni es guapo de merendero
ni es vago de profesión.
El madrileño castizo
es noble y trabajador,
gracioso sin petulancia,
valiente sin presunción,
y agareno con sus hembras,
que en las cosas del amor
el chulo neto no admite
ni dá colaboración.
Porque viste en Maravillas
por primera vez el sol,
de Malasaña te juzgas
legítimo sucesor;
mas si el ínclito chispero,
por un milagro de Dios,
tornara á la vida y viera
tu facha y tu condición,

moriríase cien veces
de coraje y de rubor,
al sospechar que pudieran
confundiros á los dos.
No eres chulo porque digas
en tu rufianesco *argot*,
sipi, nopi, ninchi, furcio,
naturaca y *la diñó*,
ni porque en el cuello luzcas,
de tu empuje y tu valor
como limpia ejecutoria,
ese innoble costurón,
que aunque tú achacas á Marte,
para darte más charol,
dicen, los que están en autos,
que en aquella operación
fué Venus la cortadora
y Mercurio el zurcidor.
¿De qué tarasca naciste?
¿Qué bellaco te engendró?
¿Qué académico de la hampa
sirvióte de preceptor
para que los tres hicieran
de tu ruin caparazón